

EL ECO LITERARIO.

REMITIDO.

DE LOS ESCRIBANOS.

EL escribano es de una necesidad absoluta en el juicio; y aunque sin propia opinion ni voluntad, tiene en las discusiones jurídicas tanta intervencion ó mas aun que la de cualquiera otra de las personas que figuran en ellas: mas esta intervencion es pasiva, puramente pasiva. Es el ege, digámoslo así, de la máquina judicial. La ley no podia menos de admitir esta necesidad, como lo han sentido todos los hombres desde que tuvieron tribunales; así que transmitida tal institucion con variedad de denominaciones que no destruyen la esencia, y con mas ó menos privilegios, hoy como antiguamente, tienen categoria y deberes propios en el orden jurídico.

En nuestra legislacion antigua que los recibió de su madre la Romana, son objeto ya de mil disposiciones, que el moderno derecho ha aumentado para que la sociedad encuentre en esta clase, que no carece de influencia notable, la aptitud, la integridad, la imparcialidad que en ellas mas que en otro alguna necesita; pero en una nacion en que rigieron á la vez tantos fueros como provincias la constituian, era materialmente imposible discurrir un método seguro para destruir la confusion en que por muchos y muchos años permaneció oficio de influencia tal en el comercio de la vida. Así que los privilegios de las escribanias han sido tan varios como su origen y procedencia, y la memoria apenas basta á retener la idea de las personas que han gozado facultad de dar creacion á títulos que no guardan la mas remota conformidad, y cuya actual existencia es uno de los mayores obstáculos de la regularizacion, ya que debe verificarse sin menoscabar derechos adquiridos legítimamente, desconocidos en gran parte en la actual organizacion de tribunales, basada sobre la unidad de la jurisdiccion. Los señores de Estados, las corporaciones y cabildos, las órdenes militares y otras clases diferentes, poseyeron goce de conferir nombramiento, y hasta aquella persona que reunia una cantidad bastante, adquiria el derecho hereditario de desempeñar uno de los mas difíciles y delicados destinos que requieren naturalmente una instruccion nada comun de que no siempre disfruta la riqueza. De la destruccion de estos derechos incompatibles nace la obligacion de indemnizar, y este es otro de los pensamientos de los poderes públicos que no pocas veces se detuvieron en el camino de la reforma, porque es uno de los grandes obstáculos

de ella. Pero una voluntad firme y decidida bastará para hacerlos desaparecer, bien que no está ya remoto el día en que lo conozcamos.

Sin duda que las enagenaciones fueron una de las causas que mas pudieron contribuir á desnaturalizar el fin del escribano; el riesgo que su pureza corria y el de que la provision no fuese en las personas mas á propósito, influyeron tambien en el proyecto de ley que el gobierno presentó al Congreso, despues de reconquistada la atribucion de nombrar, de la que si absolutamente no se ha abstenido por causas de necesidad, usa con muchísima cautela, mientras llega á conocer las diversas formas de los que actualmente tienen derecho de autorizar. Nosotros no nos permitimos el exámen de este proyecto, porque no queremos se crea que desconocemos la índole de este periódico; pero diremos si que cualesquiera que sea la manera y forma, la organizacion es urgente y precisa, y por el pronto dejaria satisfecha la primera necesidad.

Cuando á la inteligente diligencia del escribano ha estado siempre reservado esplicar la verdad, hubo un tiempo en que nuestro derecho no exigia de él mas conocimientos que el de saber escribir: la honradez, la integridad, y la instruccion en las materias de nuestra jurisprudencia, al menos las que tienen una inmediata conexion con su oficio, ha demostrado la esperiencia que le eran indispensables tambien; y esto es preciso reunir ya haciéndose constar en los expedientes de provision, pasando mas allá el pensamiento dominante de buscar en su arraigo la responsabilidad segura, garantía del mejor proceder y de la buena fé del litigante ú otorgante. Y ya no tan solamente la certificacion de un maestro cuyas rutinas se aprendieron á copiar prueba la capacidad, porque se han establecido dos cursos especiales, cuya enseñanza, si á algunos no parece suficiente todavia, ha facilitado el desarrollo de las facultades de algunos jóvenes de quienes no podrá decirse en su día que son unos meros copistas. Convendremos fácilmente en que en tan corto tiempo no es posible lograr mas que una idea superficial é imperfecta de lo que el escribano es y debe ser para los demas; pero tambien comprendemos que la práctica es la parte de mas utilidad, y que aquella ligera y superficial idea es capaz de facilitar el discurso y proporcionar á su inteligencia la facultad de saberse dirigir para encontrar los medios de desempeñar su profesion bien, sin detenerles en las prolijas cuestiones de los jurisconsultos, que pudieran confundir la imaginacion de quien nunca ha de gozar los derechos de discutir y decidir.

El escribano no solo debe saber escribir; debe conocer, comprender bien y sentar con exactitud: su error ó malicia es, sin dificultad alguna, mas trascendental que la equivocacion de un juez susceptible de enmienda. En sus diligencias ha de presentar siempre la verdad, y la verdad desnuda: un ligero adorno en el lenguaje, una idea estraña por indiferente que sea, aparece siempre notable á la vista de un litigante, que desconfiado por lo regular, parece traslucir allí una prueba de parcialidad: la desconfianza socaba el prestigio de los tribunales. El escribano al reseñar los hechos se abstiene de calificar: esto ya lo digimos al principio, su intervencion es pasiva, puramente pasiva: no tiene en el juicio opinion ni voluntad.

La exactitud debe ser otra de sus cualidades; el retardo en la práctica de sus deberes parece una omision, mas sensible cuando pasa el momento de que pende en ocasiones la seguridad de una prueba ó el cumplimiento

de una obligacion. De todos modos, el escribano que se crea poco diligente, siempre hace sospechar y no puede decirse que ha cumplido.

Esto por lo que toca á los que son de actuacion: los que hemos conocido por notarios Reales que son los que autorizan los contratos y últimas voluntades, necesitan un tacto superior si cabe: á ellos está muchas veces encomendado evitar pleitos y pleitos difíciles de resolver. ¡Cuántos años de disgustos no costó una espresion suya! Nosotros nos complacemos en ver mas laconismo en las redacciones modernas, porque en las interminables actas antiguas notamos aglomeracion de ideas y palabras, que complicando el concepto, deja no pocas dudas á la inteligencia de lo que se ha querido espresar, cuando ya no hay derecho ni es posible tal vez interpretarse por el que lo otorgó. En este caso los tribunales, que en vano se esfuerzan por comprender, sienten el riesgo de aplicar reglas seguras de que no es susceptible la naturaleza de las cuestiones. Un pleito de cláusula no dá jamás razon para esperanzas á ninguna de las partes que en daño de su tranquilidad y propios recursos, se ven forzadas á arrojarse á la liza jurídica, y caminando con la incertidumbre, llegan al fin para tocar la amargura de haberlo perdido todo, mientras la vencedora lamenta tambien los sacrificios que le cuesta la victoria. Nosotros creemos que al notario es dado no pocas veces precaver de consecuencias tan trascendentales á los que á su conocimiento y fé entregaron la espresion de sus verdaderos sentimientos mal espresados donde hay necias palabras: estas deben ser siempre las mas propias y significantes.

Hay pactos que las leyes civiles no consienten, y entonces, solo entonces es cuando tienen un deber de aconsejar, pero deber que nunca puede pasar á ser derecho: otra influencia no es útil ni justa. Si hay obligaciones anexas al pacto, con advertirlas cumple el escribano su mision.

Discurrir mas sobre esta materia, recorrer su historia, buscar su origen, detenernos en sus vicisitudes, y examinar prolijamente sus particulares deberes, nos parece tarea mas pesada de lo regular y demasiado estensa atendido el objeto que nos proponemos. Para encontrar su representacion en la escala jurídica y descifrar sus derechos civiles, habriamos de pasar los límites que nos contienen para no dar á este artículo mas estension. En otro, sin embargo, nos ocuparemos de las formalidades que necesitan sus registros y método de conservacion, indicando francamente lo que creemos mas adaptable para lograr su seguridad. — *Vicente Barberá.*

A LA LUNA DE VALENCIA.

(Continuacion.)

IV.

APARECE UN NUEVO PERSONAGE.

Las pisadas se oian ya tan de cerca, que la vieja Estefanía no pudo contener un estremecimiento, semejante al que produce una chispa eléctrica sobre un cuerpo humano.

La situación en que la había colocado su curiosidad podía serle fatal, si el personaje que esperaba descubría la ocultación de aquella alhaja que tan cuidadosamente conservó.

Una señal convenida, le advirtió por fin de que la realidad confirmaba sus presentimientos.

Tomó el candil, y no bien hubo pisado el primer peldaño de aquella carcomida escalera, cuando volvió á oír la misma señal.

—Prisa lleva el buen hombre, refunfuñó.

Y se deslizó tan rápida y con tanta suavidad, como una culebra se introduce por entre las ramas de un arbusto.

Llegó de puntillas hasta la puerta de la calle, y conteniendo cuanto pudo su agitada respiración, aplicó el oído al ojo de la llave, dando al mismo tiempo con la mano un golpe tan suave y tan imperceptible, que era preciso estar muy acostumbrado para oírle.

Otro golpe tan imperceptible como el primero correspondió á este llamamiento.

Estefanía entonces conoció que era el mismo que esperaba, y abrió el postigo.

Un hombre se apareció en el dintel de la puerta. Las entradas de aquella casa debían serle muy conocidas: sin hablar palabra se encaminó directamente á la habitación de la vieja.

Breves momentos después ambos á dos se encontraban sentados uno en frente de otro.

El recién llegado frisaría á la sazón en los cuarenta y cinco años; su estatura era baja, y todavía la hacía resaltar más lo abultado de su vientre.

Vestía un ancho pantalón sin trabillas, de paño color café con galón negro á las costuras, y un gabán de paño azul turquí, abrochado de alto á bajo. Lo más notable en aquella figura vulgar y adocenada era una sortija con un solo diamante, pero desmesuradamente grande, que tenía puesto en el índice de la mano izquierda.

A un entendido fisionomista le hubiese desde luego llamado la atención el semblante del personaje que nos ocupa. Su cabeza era ancha de los lados y deprimida en la parte superior; los ojos pequeños, vidriosos y redondos se parecían á los de la pantera, si bien es fuerza confesar no despidían siempre aquel brillo fosforescente que aterra. Pero si bien de ordinario permanecían desmazelados sus párpados, tan pronto como contemplaba su sortija, ó se fijaban sus ojos en algún objeto de valor, despidían un resplandor siniestro.

La codicia era el elemento de su felicidad.

—Buenas noches, Estefanía, dijo dejando el sombrero sobre una silla y enseñando una respetable calva que en vano intentaba disimular, aunque había tenido la precaución de sujetar con un peine sobre el centro del cráneo, los mechones de pelo de la parte posterior de la cabeza.

—Buenas noches, Sr. D. Hipólito, contestó la vieja con el tono más afable que pudo.

--Mucho has descuidado mis encargos.

--No por cierto, D. Hipólito; voy á darle á V. explicaciones muy satisfactorias.

--¿Es decir, que consiente esa niña?

--Por supuesto.

--¿Y querrá mucho, no es verdad?

--¡Oh! sí señor, mucho, pero me prometo grandes ganancias, porque los parroquianos nos floverán, tan pronto como se divulgue la noticia de las suertes tan repetidas que....

--¡Silencio!

--Pero si no hay nadie....

--A veces las paredes oyen.

Y despues de una breve pausa, continuó:

--¿Ha venido alguien?

--Únicamente el bizco, que llevaba un recado urgente para Doña Mónica.

--¿La ha visto?

--Sí señor.

--¿Qué ha contestado?

--Lo de siempre, que los tiempos están malisimos.

--Y tiene razon. ¡Oh! añadió exhalando un suspiro: si tuviéramos la buena suerte de que el invierno fuera tan malo como el del año 18.... haríamos un buen negocio.

--Pues hasta de ahora no se presenta del todo mal.

--¡Pú!... bagatelas.

--Vamos D. Hipólito, que el negocio de esta tarde....

--¡Qué! Doña Mónica te ha dicho....

--Lo he visto con mis propios ojos.

--No seas bachillera, Estefanía.

--Perdone V.; pero como esta noche está V. de mejor humor que de costumbre....

--Es tu destino ver, oír y callar, dijo sentenciosamente aquel hombre que parecia un sultan arrellanándose en la silla, y parodiando sin duda estas mismas palabras que un célebre autor dramático pone en boca de un Rey que muchos han apellidado el *cruel*.

--Yo no creia, contestó la vieja temblando, que V. pudiera disgustarse tanto. Perdone V.

--Estás inaguantable esta noche.

Y al decir esto se levantó de la silla y empezó á pasearse por el cuarto.

Un silencio profundo siguió á esta conversacion.

D. Hipólito sacó el reloj, y como en esta ocasion el de la Catedral diese la una, dijo:

--Todavía me queda tiempo, aprovechémosle.

Y entrándose en el biombo, donde poco tiempo há escondió Estefanía el regalo de su vecino, sacó de su bolsillo una llave, abrió un arca, sacó un gran libro, y poniéndolo sobre una silla, llamó á la vieja.

--La mesa y el tintero, dijo.

Estefanía sin decir una palabra, cosa estraña á la verdad en una muger, entró estos obgetos.

D. Hipólito colocó el libro sobre la mesa, lo contempló durante un breve espacio, y añadió:

--¡Hé aquí el fruto de mis trabajos! diez años consecutivos de padecimientos para alcanzar riquezas de consideracion....

Y haciendo una breve pausa, continuó:

--Aquí está el gran libro, donde cada hoja contiene un secreto.

Pero reparando en la vieja que permanecía de pie á su lado, exclamó:

—¿Qué haces aquí?

—¡Ay! esperaba.... si V. mandaba alguna cosa.

—¿No sabes que quiero estar solo?

La vieja salió.

Don Hipólito abrió el libro, y llevando á la boca el dedo pulgar de la mano derecha lo humedeció, para hojearlo con mas facilidad.

Así que pasó unas cuantas hojas dijo, dando una palmada sobre la mesa y haciendo un movimiento sobre la silla.

—Veamos las ganancias del último mes.

V.

EL LIBRO DE MEMORIAS DE D. HIPOLITO.

D. Hipólito, á fuer de precavido, dirigió una mirada en torno suyo, y convencido de que real y verdaderamente Estefanía habia salido, empezó á leer.

En la primera hoja de aquel libro misterioso, habia una porcion de signos, especie de clave taquigráfica, que nadie entendia sino él. Fijó su vista en uno de ellos, y dijo volviendo unas cuantas hojas:

--Veamos si corresponde.

Así era en efecto, porque al márgen leyó una nota que decia: «Cantidades entregadas á la Sra. Mónica, para el pago de deudas que quedaron sin satisfacer en la última estraccion.»

Y añadió por lo bajo: total 8649 rs.

--Ahora veamos lo recaudado.

Y volviendo la hoja leyó otra nota que decia: «Recaudacion total hecha por todos mis dependientes 30,284 rs.»

--¡Magnífico! exclamó con una alegría imposible de explicar. Este mes ha sido uno de los mejores: tenia razon el buen Juan cuando me aseguraba un liquido á mi favor de 20,000 rs. Esto vale la pena de entregarle una onza para sus gastos secretos. Continuemos.

Volvió á registrar el libro.

--Hé aquí, dijo de allí un momento, otro negocio á pedir de boca, y lo que es mas todavía, tan productivo como el primero.

Y leyó la siguiente carta:

«Muy señor mio: He sabido por conducto de un amigo mio, cuyo nombre me es imposible revelar ahora, que V. busca una persona de garantía á lo que, bajo ciertas condiciones, no tiene dificultad en entregar por vía de préstamo y con un interés convencional, algunas cantidades. La posición en que me hallo me obliga á dirigirme á V., con la segura confianza de que se pasará cuando V. me indique por mi casa y hablaremos del asunto; pudiendo asegurar por mi parte que se le entregarán á V. en el acto cuantas garantías necesite, dado caso que nos entendamos. De V. etc.»

--Nos convendremos, ¡oh! si nos convendremos, si esas garantías tan cacareadas son de tan buena ley y valen tres veces mas por lo menos que las onzas de oro que entregaré.

Sigamos la tarea.

Y leyó otra nota concebida en estos términos:

«El 23 de diciembre espira el último plazo concedido al Sr. baron de.... para entregar los 40,000 rs. á que ascienden el capital y réditos de las alhajas que me entregó en prenda de las cantidades facilitadas, por conducto mio, á su amigo D. Luis, para atender á sus gastos secretos.»

Y parando la lectura, exclamó:

--Hé aquí como se arruinan esos señores. ¡Gastos secretos! ¡Como si no fuera yo bastante lince para saber que esos gastos secretos están reducidos á derrochar en una noche las rentas de un año! ¡El 23 de diciembre!

Y soltando una carcajada, añadió:

--¡Es la una! ¡cómo me olvidaba que hace una hora soy poseedor de todos esos obgetos! Adelante con mis tareas.

D. Hipólito volvió á hojear el libro, y encontró otra carta.

Decia así:

«Caballero: sé que es V. hombre de honor y atenderá mis palabras. La situacion en que me encuentro me obliga á suplicarle un favor, al cual quedará agradecida eternamente. La injusta persecucion de que es víctima mi marido y los deberes que le debo como esposa, me constituyen en la necesidad de implorar sus generosos ofrecimientos, si V. conserva bien en la memoria los grandes servicios que él ha prestado á V. en diferentes ocasiones, y especialmente cuando quisieron complicar á V. en aquel lance que no debo recordar. No crea V. que es retraer este servicio para exigir la recompensa. Mi marido es inocente, y como sé el valimiento que V. tiene con D..., espero que le hablará, á fin de que le restituya pronto al lado de su familia, y pueda atender al cumplimiento de sus obligaciones.»

--Sí, dijo D. Hipólito interrumpiendo la lectura: no dudes, esposa leal, que haré cuanto pueda para alejarle mas, y veremos quién sucumbe entonces en la lucha: veremos si triunfa tu virtud, cuando la necesidad y el hambre invadan tu casa. Pasemos á otra cosa mas interesante.

--¡Hola! exclamó de repente fijando sus ojos en un papel doblado que habia en una de las hojas: esto es sin disputa lo que mas me llama la atencion. Examinemos con cuidado el capítulo concerniente á esa Inesilla, que el cielo me envia para bien mio y el de mis amigos.

GOSTUMBRES.

DE BAILE EN BAILE.

ARTICULO 1.º

Todo el año es Carnaval, todo el mundo máscara: esta desconsoladora sentencia ha salido de la pluma de un crítico infortunado que veia en la tierra tan solamente el desengaño y la falsedad como norte de las acciones humanas. Sin vida en el corazon y sin ilusiones en su mente, creia ver el ilustrado Figaro en cada rostro una mascarilla, y un eco mentido é ilusorio en cada frase que pudiera producir la inspiracion de los senti-

mientos mas puros. Mucho se desfiguraron las cosas en los pícaros tiempos que alcanzamos, y parece que ofrezcan una prevencion las palabras *franqueza, verdad, sinceridad*, como si las protestas con que se adornan fuesen la mejor garantía de las ficciones que esconden. *Todo el año es Carnaval*; y nosotros preguntaremos, ¿quién no se ha visto en la precision de hacer el enmascarado fuera de esos tres ó mas dias que forman el Carnaval del almanaque? pero mas vale que no nos metamos en honduras, y que dejemos el mundo en su marcha singular, ya que no podemos preciarnos de filósofos ni moralistas consumados, para sacar en limpio la quinta esencia de algunas cuestiones delicadas que llevan en trastorno al género humano; así que á fuer de impasibles en todo aquello que no está en nuestra mano evitar, diremos constantemente, *que todo el mundo es máscara*. Y bien, magnífico, que lo sea, siga la broma y el bureo, y cuanto quieran las gentes. *Que todo el año es Carnaval*, muchísimo mejor, así bailaremos de contento y no parará la danza y el jaleo; por lo menos saltando de nuestro lecho en las horas plácidas que debiéramos dedicar al sueño y al quietismo, y rindiendo un saludo al Carnaval del calendario, concurriremos á los salones de baile para dejarnos embromar con humor ó sin él, que lo mismo dá para optar al merecimiento de hombres dignos de la época y del gran mundo; para ello preciso é indispensable es, que con la animacion mas cumplida marchemos de *baile en baile*, unas veces con trage y otras sin él, en busca de ilusiones que formen el encanto de la existencia, ó que separen al menos de la misma la tristeza y el pesar, como sombras que la oscurecen y amortiguan. Vamos, pues, de *baile en baile*, lector carísimo, la ocasion nos brinda, y preciso es no entrar con desdenes ni remilgos en el Carnaval: ¿qué dirian de nosotros, que por poco cuerdos dejábamos lo bueno por lo malo? nada, nada, cada cosa en su tiempo y etc.: al *baile*, repetiré una y mil veces, pasemos las noches de claro en claro en diversiones y zambras, que luego llegará la cuaresma con su tristísimo aspecto, y todo lo demas que por sabido se calla; por de pronto demos principio á nuestro cuento.

Domingo es hoy, y suenan las diez de la noche en todos los relojes de las torres y en el sonoro de la Catedral; muchos caminan con lento paso en busca del descanso, mientras otros ávidos de placer y con la esperanza mas risueña, se preparan á gozar las ilusiones que con esplendentes colores les hace ver su fantasía. Abandonemos pues tambien la idea del descanso, no es hora de ocupar un lecho: á las máscaras, allí hay vida, encanto y placer para la juventud, allí se siente halagado el corazon con sensaciones dulcísimas; á las máscaras, si, ya que tenemos la dicha de ilusionarnos todavía. Venga un periódico: *avisos*, aquí está lo bueno, espectáculos, teatro á un lado, que el mundo comedia es, en el salon de baile se representan mil comedias á un tiempo, y muchas de ellas de un mérito poco comun, y lo que es mas con relacion á la historia contemporánea, ó como si dijéramos, de los sucesos palpitantes; sigamos leyendo los anuncios, máscaras, aquí está lo que se desea.—Salon del Empedrado, á las ocho de la noche.—Gran baile en la casa Lonja.—Salon del Liceo, y otro y otros: bien, bien, basta por hoy, está muy en el orden recorrer todos esos puntos en clase de inspectores y con la creencia de que todos ellos se prestan á la observacion, como sepa un prógimo donde le aprieta el zapato.

No bien se acerca el aficionado á máscaras á uno de esos salones de ór-

den inferior, cuando advierte en ellos la franqueza erigida en máxima, á los concurrentes animadísimos por su grata situacion en aquellos momentos de alegría; allí encuentra un bullicioso concurso que se anima por momentos, y en el que se goza de la mas completa libertad; cada cual con su enredo y su busilis, temiendo que pasen las horas y se desperdicien aquellas ocasiones; allí suena una orquesta mas ó menos completa, pero bastante propia para entrar en digna comparacion con la célebre *Murga* de la córte, música en que por ordenanza debe sonar con violento y tiránico berrido, la trompa y el figle que sofocan la voz de los demas instrumentos; así que se levanta un ruido en el salon capaz de producir un atroamiento al que mas pueda preciarse de sordo.

Los estudiantes son los que con su natural franqueza, chiste y gracejo proverbiales á su carácter, se hacen dueños del terreno y señores absolutos de cuanto les rodea; aquí la interpelacion picaresca á una beldad; allí la libertad bien entendida que se toman oportunamente con sus *Filis*; mas allá la desenvoltura con que todo lo cautivan y embrollan; en fin, los estudiantes son el elemento de vida en aquella sociedad; muy pocos dejan de ir amartelados á las graciosas oficialitas de saestre ó á sus bellas compañeras de los demas oficios; allí pues egeree un poderío simpático el escolar, con su trage modesto, sus maneras agraciadas, y su último dinerillo dispuesto en la bolsa para gastarlo cuando de ello guste su idolatrada prenda de cariño; en esos salones no faltan una que otra *Rosa Ponpon*, blanco de todas las miradas y de otros percances que forman la alegría de la fiesta.

Tambien asisten al baile compitiendo en animacion con los estudiantes, los dedicados á oficios mecánicos, y que se mantienen á buena altura de rivalidad con los intrépidos escolares cuando hacen el amor á las bellas.

En cuanto á la concurrencia de máscaras á estos pequeños salones, puede llamarse de escaso número: hasta dos docenas de disfraces en trage de labrador, algun griego, romano, y lo que es de *ene*, los consabidos dominós negros, y otras invenciones de no elevado mérito en su capricho, y que sirven para amenizar como allí se desea.

El café y fonda correspondientes son indispensables en estos salones, que antes he llamado de segundo orden, y que bajo de ciertos conceptos pueden tenerse por de primero; en el café suelen alegremente improvisarse brindis, y cantarse mas de una vez *El negrito* y *La caña*, y cuanto sea propio de la bulleta y el sarao; allí se divierten las gentes á su modo y con un carácter bien carnavalesco por cierto; de allí nos pasaremos á otro baile que mas preste, y para ello reservamos escenas de mas gusto y novedad para otro artículo, en que se corra el telon, para ver mas de lo que licitamente puede ponerse á la espectacion de nuestros lectores en este momento. — *Francisco de Paula Gras.*



FELIPE DE LUCHEX,

NOVELA ORIGINAL

escrita por D. Joaquín Barba de la Cuesta.

PRIMERA PARTE.

(Continuacion.)

CAPITULO X.

De como en los tiempos del muy poderoso rey Felipe II el hábito de fraile era la mejor recomendacion para viajar por España con toda comodidad.

Eran las ocho de la noche cuando entró en Oyarzum un fraile montado en una hermosa mula y se encaminó á una posada. Apenas el fraile se apeó de su cabalgadura, agolpóse á su alrededor la familia del posadero, y despues de haberle los chicuelos besado el cordon que ceñia sus hábitos, acercóse tambien el posadero é hizo lo mismo, y luego éste atacando al fraile por el flanco de la comodidad, le dijo:

--Padre, estareis muy cansado; subid, arriba tengo una buena sala, en donde encontrareis una cama que solo guardo para personas como vos.

--Tengo mas hambre que cansancio; asi solo deseo que me prepareis algo que cenar.

--Cenareis dos perdices que he comprado hace poco y una liebre, que mi muger os sabrá preparar bien. Si os agrada el vino, me cabe la satisfaccion de deciros que vais á beber un riquisimo Burdeos, y si este no os agrada, os sacaré una botella de Málaga.

--Hijo mio, contestó el fraile, luego hablaremos de lo que he de cenar; antes quisiera pedir os un favor.

--Hablad, padre, y sereis en todo obedecido.

--Ante todas cosas, esa ventana que se vé ahí corresponde á algun cuarto, ¿no es verdad?

--Al mio, padre, y desde ahí se vé quien entra y quien sale en la posada.

En esto un chicuelo se acercó al fraile, le tomó la mano, imprimió un estrepitoso beso en ella.

--¿Qué hermoso es? ¡angelito! Dios os lo libre de una desgracia, dijo el fraile, y luego volviendo á fijar sus ojos en la ventana, añadió:

--Si supiese no incomodaros, hijo mio, os rogaria que me dejaseis estar en su cuarto.

La posadera que se acercó en aquel entonces, unió su voz á la de su marido diciendo:

--Padre, toda la posada es vuestra.

--Antonia, dijo el posadero, vé á preparar el cuarto y pon en la cama dos colchones mas.

--No, no, hija mia, dijo el fraile, no hagais tal cosa; yo estoy acostumbrado á dormir en el duro suelo, y esto diciendo, sus grandes ojos se fijaron en tierra como los de un anacoreta.

--Padre, dijo la posadera enternecida, creo que Dios no tomará á mal el que despues de haber andado hoy tantas leguas, descanséis en una buena cama, mayormente cuando mañana andareis otro tanto que hoy.

--Dios que es siempre bueno y misericordioso, nos presta fuerzas cuando trabajamos en servicio suyo. Yo me creia muy débil para poder resistir marchas tan pesadas, y veo que despues de haber hecho una de veinte leguas por malos caminos, no me encuentro cansado.

--Padre, cuando querais podeis subir, dijo poco despues la posadera desde la ventana.

--Sí, sí, dijo el posadero, subid y descansad ínterin os preparamos la cena.

El fraile se encaminó hácia la escalera, y á mitad de ella encontró á Antonia, que habia salido á hacerle luz, tomó la lamparilla de manos de aquella, y acabó de subir los seis escalones que faltaban para llegar al cuarto.

Apenas se vió solo dejó la lamparilla sobre una mesa de pino que habia colocada junto á un grande armario, y se dirigió hácia la consabida ventana, y entreabriéndola exclamó: perfectamente, desde aqui le veré entrar, y luego sentándose en una poltrona, añadió: hé aqui un pensamiento feliz: dicen que los frailes son hombres de mucha imaginacion; en efecto, aunque yo no lo he sido siempre, estos hábitos me han hecho ya mas astuto y mas diestro que lo era cuando en vez de esta capucha que me aboga llevaba mi sombrero con plumas, y cuando en vez de este cordon que cuelga de mi cintura sentia el peso de mi espada. ¡Ah! ya han pasado veinte años. ¡Qué recuerdos, Dios mio!

El fraile arrojó algunos suspiros, y dejó caer la cabeza sobre su pecho.

La posadera entró poco despues con un canasto lleno de ropa y bajilla, cogió la mesa que estaba arrimada á la pared y la colocó en medio del cuarto, junto á ella colocó tambien un sillón. El fraile, que observaba esto, no pudo menos de hacer algunas reflexiones al ver las comodidades que á los que vestian hábito se les proporcionaba en todas partes.

La posadera entretanto cubria silenciosamente la mesa con un mantel bastante blanco para lo que se acostumbraba en las posadas, y fue despues colocando con un órden estudiado, una bajilla bastante decente sobre la mesa.

--¿Quereis ya la cena? exclamó, cuando la mesa estuvo parada y dispuesta.

--Bien, subidla, contestó el fraile.

La posadera volvió á aparecer con dos platos que contenian el uno un estofado de liebre, y el otro dos perdizes. Ademas traia dos botellas.

La posadera se marchó, y el fraile atacó el primer plato é iba á hacer lo mismo con el segundo, cuando un incidente le obligó á levantarse de la mesa.

Oyóse el galopar de un caballo, y en seguida llamaron á la puerta de la posada.

El fraile, olvidándose de todo lo que cubria la mesa, se puso á escuchar oculto detrás de la ventana situada, como ya hemos dicho, frente á la puerta de la posada. Abrióla un criado y entró un hombre montado en un hermoso caballo, por cuya entreabierta boca asomaba abundante espuma. Pregúntale el criado segun costumbre qué de donde venia, y el recién llegado contestóle en mal español que de Francia, y habiéndole despues elogiado el caballo que montaba, dijo con cierto aire de justa arrogancia que habia andado aquel dia veinte leguas; el criado miró asombrado al que esto le decia, y el fraile sacó un poco mas á fuera su cabeza para ver si reconocia aquel hombre cuya voz cascada creia él haber oido resonar en sus oidos.

Afortunadamente para su curiosidad el recién llegado dejó caer su capa, quitóse el sombrero que le cubria la cara, y libre de estos obstáculos, el padre Luciano pudo reconocer en el nuevo huésped, á un antiguo amigo suyo.

--Clopin, gritó el fraile desde la ventana.

--¿Quién me llama?... han pronunciado mi nombre. ¿Sois vos, padre? añadió levantando la cabeza, por el santo de mi nombre que no os conozco: no recuerdo haber tenido jamás ningun fraile por amigo.

--Sube, sube á ver si viéndome mas de cerca me reconoces.

Dicho esto el padre Luciano se apartó de la ventana y se sentó en un sillón.

--Hace seis años, dijo, que no he visto á ese hombre, y no se me ha desconocido. Que viene de Francia ha dicho.... ¿qué le obligára á dejar su patria?... Algun crimen tal vez.

LICEO VALENCIANO.

En la última funcion ordinaria del Liceo, se egecutó por la seccion de declamacion la bonita comedia traducida por el Sr. Navarrete, cuyo título es *Un marido como hay muchos*. No hablaremos de su mérito literario, porque nuestro obgeto solo se limita al presente á tratar de la egecucion. El sócio Sr. de Llácer desempeñó su papel con admirable propiedad, y estamos seguros que el poeta no exigiria mas del actor para representar el protagonista. Su esposa no se mostró inferior, y como acostumbra hizo brillar sus aventajados dotes en tan difícil arte. La señorita Doña Cayetana Sanchez, ya mas de una vez ha merecido de la escogida reunion que frecuenta el Liceo, las mas satisfactorias ovaciones, y en esta ocasion no dejó tampoco nada al deseo; pero donde segun nuestro entender se hizo admirar, fue en el papel de la romántica en la pieza

que finalizó la función, *Percances de un apellido*. El Sr. Banquells siempre el mismo: tanto en *Un marido como hay muchos* como en *Percances de un apellido*, nos dió repetidas pruebas de su naturalidad y chiste. Todos los demas sócios que tomaron parte en la función llenaron cumplidamente su encargo.

Baile de máscaras. No podemos menos al hablar del baile de máscaras que se dió en el Liceo en la noche del 22 del corriente, de ser justos con la comision, y especialmente con los Sres. marqués de Cáceres y baron de Llaurí, que á todo trance procuraron presentar el salon con la elegancia que tenia derecho á esperar la brillante reunion que concurre. El primero infatigable por dar lustre á la corporacion que dignamente preside, no perdona medio para conseguir tan laudable obgeto; y á la galantería del segundo, fue debido el adorno del magnifico tremol que adornaba la testera del salon. Creemos no engañarnos al decir que la concurrencia quedó agradablemente sorprendida al ver todos los adornos, en especial el bonito quinqué de en medio, que no habiamos visto otros años.

La reunion fue bastante numerosa, y algunas lindisimas mascaritas nos dieron una sorpresa incalificable al quitarse el antifáz que nos ocultaba la gracia y la belleza. Pudiéramos citar el nombre de algunas hermosas, pero nos lo veda el respeto á su modestia.

Museo lírico dramático. Con satisfaccion rendimos nuestro humilde homenaje al sócio de esta corporacion D. Eduardo Gimenez, á quien damos el mas cumplido parabien por la bellísima aria que compuso, y que cantó el Sr. Carbonell con gusto y afinacion. El Sr. Gimenez puede estar seguro de que en la difícil carrera que ha emprendido se le presenta un camino sembrado de flores, y que tal vez llegue á fuerza de asiduo trabajo, á ver ceñidas sus sienes con los laureles reservados al génio. La aria que hemos oido, es el seguro garante de nuestros vaticinios.

REVISTA CORNOGRÁFICA.

Año nuevo, vida nueva
Decimos allá en adviento
Cual si el año al espirar
Nos trocase en alma y cuerpo;
Mas ¿qué sucede en resumen
De tanto plan en proyecto,
Y tantos vanos propósitos,
Y tanta torre en el viento?

Que seguimos nada mas
Como éramos, nada menos.
Cual fénix que en sus cenizas
Aspira el vital aliento,
La noche de San Silvestre
Nos dá á luz un año nuevo;
Pero entretanto los tontos
Tan fátuos son en Enero

Como lo fueron en Julio
 Y lo serán con el tiempo;
 Las bellas siguen por reyes
 Lo mismito, no hay remedio,
 Que cuando asaban castañas
 La noche del Nacimiento;
 Como son nuestras costillas,
 Guardan nuestro mismo génio,
 Siendo al que las busca, páramo,
 Y al que las esquiva, fuego:
 Los poetas como niños
 Lloran por lágrimas versos,
 Vacándose los cascos
 Para henchir otros de viento;
 Los críticos imparciales,
 Mas sufridos que el mostrenco
 A quien su mitad le roba
 La mitad de sus contentos,
 Tratan las grandes cuestiones
 Del sí bemól y el cuarteto
 Como si fueran las pesas
 Del equilibrio europeo;
 Los artistas susceptibles
 Se pican que es un portento,
 Maldiciendo de la crítica
 Los imprescriptibles fueros;
 Los proyectistas proyectan,
 Los ricos son avarientos,
 Los calaveras se casan,
 Las coquetas ni por pienso,
 Y en fin, que el Diciembre pase,
 O que venga en pos Enero,
 Seguimos, pues, nada mas,
 Lo que éramos, nada menos.
 Bien haya aquel que trocando
 La estructura del proverbio,
 Se apartó de la rutina
 Diciendo sin mas misterios:
 Año nuevo, vida buena,
 Tal tema sigue mi texto.
 Ya se llame Navidad
 O Carnaval el asueto,
 Bien sea noche de Cristo
 O vengan treinta de perros,
 Con *champagne* ó manzanilla,
 Con careta ó con mi gesto,
 Que viene Cuaresma, lloro,
 Que llegan máscaras, bebo,
 Al son que me tocan bailo,
 Y adonde voy, allí llego.

Pan y toros, clamaré
 Cuando el sol nos tueste en Leo;
 Mas ora en Acuario ó Virgo,
 Polka y máscaras deseo.
 ¡Máscaras! ¡oh geroglífico
 De todo el mundo en compendio!
 ¡Invencion de Satanás
 Sino fuese de los griegos!
 Cuando en los carros de Tespis
 Y en las bacanales luego
 Fuiste sal de las orgías,
 Y salsa de horribles juegos
 ¿Quién habria de creer
 Que al cabo rodando el tiempo
 Serias fina delicia
 Del culto mundo europeo?
 ¿Quién dijera que en el siglo
 Del vapor y el 3 por 100
 Darian vaya tus zumbas
 A personajes muy sérios?
 Pues digo el que no me crea,
 Que venga conmigo á verlo.
 Hay un salon en Valencia
 Que es de eruditos tormento,
 De jóvenes desahogo,
 Y de vejetes recuerdo.
 Pues se llama Casa-lonja
 No me tilden de embustero,
 Si digo que allí está el tráfico
 Como en su humano elemento.
 Las unas truecan finezas
 Por amorosos requiebros,
 Los otros venden por bromas
 Sus hondos resentimientos,
 Hay quien compra un ataud,
 Y algunos que ajustan duelos,
 Muchos que prestan paciencia
 Y pocos que empleen seso.
 ¡Cuánto vale un Consulado
 Para asuntos de.... comercio!
 «Aquí se vende oropel»
 Dice ambulante letrero,
 Y pasa un majo tan cuco
 Divirtiéndose en silencio.
 «Nosotras nunca engañamos»
 Cacarea con estrépito
 Una sociedad anónima
 De beatas, y en efecto
 No enseñan muy malas muestras
 Por darle salida al género.

«Yo sé secretos que el oro
 No puede arrancar del pecho;
 Tu muger hace dos horas
 Que bailó con un pasiego.”
 Esto dice un fantasma
 De tales gracias portento,
 Sin advertir que el danzante
 Era el aludido en necio.
 «Yo te conozco,” me dice
 Una fregatriz ¡qué bello!
 «Agur, agur...” y sin mas
 Me deja en bábia y en seco.
 Avanzo y un labrador
 Me obstruye el paso indiscreto
 Honrando sus malos modos
 Con el trage mas grosero.
 Voy siguiendo á una manola,
 Y antes de verle ni un dedo,
 Vuela á la fonda en drechura
 Como el pez en pos del cebo.
 Si la persigo, se venga
 Llamando al mozo allí atento
 Cual verdugo del bolsillo
 Que acecha el instante acerbo.
 La pido solo una mano
 Mientras ella mil enredos,
 Y tras de cenar de valde
 Entre amor y cumplimientos,
 Me enseña un rostro de hiena
 Con sus diez lustros y medio.
 Huyo al salon sin pararme
 Por no evocar otro espectro,
 Y al ir á sentarme abito
 De tanto divertimiento,
 Una comparsa de moros
 Mas feroces que otro Oteló,
 Se apodera del cristiano,
 Tipo ya de sufrimiento.
 El uno me zarandea,
 Otro me aplasta el sombrero,
 Quién me abraza sin conciencia,
 Quién me llena de improprios;
 Si grito, gritan á coro,
 Si callo, muelen sin tiento,
 Se mofan cuando me atufó
 Y gozan cuando reniego.
 Fortuna que otra oleada
 Sustituye aquel mareo,
 Y al compas de una *redowa*
 Diviso unos ojos negros.

—Mascarita, una palabra....
 —¿Palabras?...—¿Pues qué? salero..
 ¿Vamos á sentarnos?—Vamos....
 —¿Dónde vives?—Eso luego....
 ¡Al café! duro es el trance
 Pero ya tragué el anzuelo.
 El sentarse es imposible
 Si fácil soltar dinero,
 Mas al querer ensayar
 El beber de pie y al vuelo,
 Un payo que en tales sitios
 Es un payaso completo,
 De un codazo tragi-cómico
 Me mancha un vestido nuevo.
 Salgo con mi parejita
 Entre zumbas de mil necios,
 Y por mal de mis pecados
 Tomamos asiento y medio
 En donde fuera mejor
 Haberme caido tieso.
 La mascarita ya esquivá,
 Recelosa de mi génio,
 Quiere evitar mi osadía,
 Fingiendo dengues ¡qué lerdo!
 Se exaltan todas mis fibras,
 Me miente ataques de nervios,
 La juro un amor romántico,
 Y me contesta: «no puedo,”
 Exagerando su tipe
 Mientra en bajo me exaspero.
 En esto un dominó posma,
 Sombra de mi triste cuerpo,
 Como vino á divertirse
 Llega drechito á molernos,
 Revelando á voz en grito
 Lo que yo archivé en mi pecho.
 Me pinta un D. Juan Tenorio,
 Un tramoyante embustero,
 Un coqueton sin segundo,
 Un calaveron deshecho;
 Dá sus pelos y señales,
 Cuenta anécdotas por cientos,
 Publica historias inéditas,
 Y cuando al fin ya le reto,
 Mi novia que estaba al lado
 Tal daguerrotipo viendo,
 A la vez boca y careta
 Desata con furor tétrico.
 Y no es esto lo peor
 Que tiene el quid de tal cuento.

Sino que como esto de máscara
Es del género epiceno,
La que fue á mis vivas ansias
Costoso y faláz obgeto,
Se torna de niña tímida
En un mozo como un templo.
Estos lances y otros muchos
De muchos mas lances que estos,
Hacen el supremo bien
Del que dice: me divierto;
Porque en un baile de máscaras,
Centro de risas y juegos,
Bacanal del siglo culto,
Eco del mundo por dentro,
En la broma y nada mas,
En la broma está el misterio.
Bailar es moda anticuada,
Y diversion de trastuelos,
Mucho mas no siendo asunto
De salones de otro género,
Donde el que danza mejor
Es el ente mas perfecto.
¡Oh! ¡bromas aristocráticas
Que entre frases de alto precio
Brillais en estrecho círculo
Cual las flores entre el hielo!
Igualdad ante la máscara
Reclama la voz del tiempo,
Pero ni al tiempo ni á mí
Nos dan vela en este entierro.
Luzcan, pues, las gitaniyas
Su malagueño salero,
Embromen los dominós
Con comedidos acentos,
Que vivan las labradoras
Aunque sigan su paseo
Mas mudas que cien galanes

Sombras de sus cuerpos buenos:
Al cabo ¿qué es divertirse?
En todos, lo mas, creérselo.
Cuatro, seis, ocho familias,
Y: «dicen que me divierto,»
Y aquello de: «está usted linda,»
Y lo de: «no tengo obgeto,»
Y cuatro vueltas de wals,
Y una redowa en proyecto,
Piropillos de ordenanza,
Algun empellon plebeyo,
Una atmósfera de nieve
Y corazones de fuego:
Si á esto llaman divertirse,
Bien dicen que me divierto.
O no entrar ó hablar de Dios;
O la bacanal ó el lecho;
Quid pro quos y carnaval,
O cuaresma, ayuno y rezo.
Si el salon del Empedrado
Pudiese pintar en versos
¿Qué contraste formaria
En este tosco boceto?
Pues ¿y una tarde en la Lonja,
En aquel sabroso infierno,
Donde el niño juega á anciano
Y el viejo tira á muñecos,
Todos echando la red
Por pescar á rio revuelto?
En este valle de lágrimas
Fuerza es secarlas riendo,
Y para reir de todo,
Ha de ser todo, grotesco.
Esta es la pura verdad,
Lo demas es no entenderlo;
Año nuevo, vida buena:
Punto y polvos; basta de *eo*.

C. Pascual y Genís.

RECTIFICACION DEL NUMERO ANTERIOR.

Página 191, línea 20, donde dice *Normanno*, debe leerse *Raimondo*.